

Solidaridad ideológica

Jueves, 24 de marzo de 1938

Me preguntaba, antes de escribir el título de este artículo, si no convendría iniciarlo con el encabezamiento «opiniones libres» que acompaña algunas veces otros escritos muy autorizados. No lo he hecho —comprometiendo así naturalmente nada más que mi pensamiento— porque no llego a conclusiones cerradas: mi destino es la expresión en voz alta de meditaciones sobre un fenómeno tormentoso de nuestros días.

Se habla a diario de la solidaridad ideológica internacional; nos gusta oponer el sistema de las santas alianzas dictatoriales y de las alianzas democráticas. Y ante ese hecho, de un alcance incalculable, el espíritu se pregunta si eso es lógico y conveniente para todos los grandes intereses.

Parece bastante dudoso que tal sistema pueda acomodarse a las teorías y a los precedentes que supieron construir una buena política exterior. Se olvida en primer lugar la primacía de ésta, que une a cada pueblo por encima de las tendencias o de los matices de los partidos que lo dividen.

Se encuentra después una rectificación de las ideas y de los procedimientos seguidos por los grandes artesanos de la diplomacia. La alianza franco-rusa, entre la Tercera República y el zarismo en el siglo XIX, no estaba fundada en la coincidencia de los regímenes. Lo mismo ocurre en el pacto franco-soviético en el siglo XX. Uno de los primeros despertares del espíritu de independencia y de justicia en los jóvenes escolares españoles se produce a menudo con ocasión de la censura de ciertos manuales reaccionarios de historia sobre la amistad tradicional entre el muy cristiano rey de Francia y el sultán de Turquía. El joven alumno comprende entonces que lo que unía dos civilizaciones tan diferentes era lo que las separaba territorialmente: la Casa de Austria extendía su imperio del valle del Rin al del Danubio.

Se puede reflexionar también sobre las ventajas o los peligros de los bloques ideológicos para la paz del mundo. La amenaza que planea sobre ésta se agrava con el hecho de que el caos es el horizonte prometido al término de la guerra por un conflicto de tal naturaleza ideológica. Sistemas de poderes tan

opuestos añaden una causa más, y de las más graves, a la rivalidad internacional. Podríamos decir que unas constelaciones semejantes están desde el principio en pie de guerra, y casi en guerra.

Si las alianzas están determinadas por coincidencias de intereses nacionales, entonces su dirección pertenecerá en última instancia al más fuerte, que es a menudo también el más prudente. En el bloque ideológico, la iniciativa de la conflagración se desliza hacia el más fanático, que será probablemente el más débil y sin duda el más ansioso.

Por muy paradójico que pueda parecer, beneficiaría a la causa de la paz situar a alguna democracia alrededor del eje dictatorial y rodear el bloque de las democracias de amistades fieles, pero autoritarias.

Es interesante para todos, y notablemente para mí, apreciar cuál es en el caso el interés político de la democracia en cuanto que principio e institución. Podemos encontrar muy fácilmente otros demócratas más autorizados de lo que yo lo estoy, pero estarán probablemente menos experimentados en su sincera y firme adhesión. Soy un patriota cuyo sentimiento nacional está reforzado por el recuerdo del supremo honor, que es el de haber personificado en el pasado constitucionalmente a mi patria. Y sin embargo, prefiero agotar, alejado de mi país, todas las amarguras y los sufrimientos del exilio prolongado y quizás definitivo, para no someterme a una dictadura cualquiera, ya fuese roja haciéndose llamar constitucional, ya fuese negra aunque prefiera llamarse blanca.

El beneficio, para la democracia, de un sistema así para la formación de bloques internacionales es bastante discutible. Hay en el mundo una tendencia —que debemos desear sea pasajera— de dictaduras a la moda, con o sin tapaderas. Entonces cada progreso de los métodos dictatoriales en cualquier país se traduciría inevitablemente en un debilitamiento de las potencias democráticas, incluso si éstas amplían sus concentraciones en un sentido que sobrepasaría la zona estrecha y la noción verdadera de la democracia. Sería bastante difícil compensar eso por la reducida solidaridad de los pueblos libres, porque hay en las democracias innegables y sinceras, que están aún en pie, una preocupación muy prudente —por no decir demasiado prudente— de asegurar ante todo su tranquilidad.

Desde luego, si la solidaridad ideológica debe jugar el papel principal como organizadora de coaliciones internacionales, será necesario una vez más no equivocarse, concediendo, con ligereza de apreciación o por demagogias irresponsables, la calificación de régimen democrático al que no lo merece de nin-

guna manera, no siendo más que la máscara de una profanación contradictoria y a veces criminal de los principios y de la esencia de la democracia que perjudica y desacredita.

En nuestros días, no hay que sumergirse en las investigaciones históricas o registrar en los viejos archivos, para encontrar una opinión democrática mal informada y una solidaridad no merecida, cargada de amenazas para la paz general y quizás para el régimen mismo que deseábamos y que debíamos haber salvado. Son constataciones, tan fáciles como penosas, porque representan para ciertas almas el cúmulo de dolores del patriota, del pacifista, del demócrata y del republicano.